

Siempre el mar. Allá estaba. Detrás de las plataneras. Al fondo de cada barranco. Hondo, inmenso. Olor a salitre traído por el viento.

Cuando bajaba a la playa con la abuela Isabel se sentaba sobre la arena gris, entre las piedras pulidas, junto al esqueleto herrumbroso de la vieja barca, y paseaba despacio la yema suave de sus pequeños dedos por la superficie ocre y áspera. A su espalda, tierra quemada.

—Niña, estás en las nubes —se desesperaba la maestra.

La felicidad, lápices de colores. Mientras las demás cantaban en corro o saltaban a la soga, ella corría a casa del profesor Elías como alma que llevaba el diablo. Su padre no veía aquello con buenos ojos, pero don Manuel, el médico, que la adoraba, había intercedido alabando a don Elías, conocido de la familia y pintor peninsular respetado en el pueblo (ay, qué chico era el pueblo), cerrando el trato con un guiño y a condición de que se aplicaría más en la escuela. Adictivo aroma a óleo, disolvente y barniz.

Un día don Manuel apareció con don Gregorio, un primo suyo que era artista en Madrid, para que admirara sus dotes e intentara persuadir a su padre de dejarla marchar con él.

—La niña tiene talento —insistía don Manuel.

—¡Ni hablar! Lo que tiene la niña son pájaros en la cabeza. Cuando acabe la escuela tendrá que ayudar en casa. No somos señores.

Corrió y corrió hasta la playa, cegada por las lágrimas. No podía respirar.

—¿Qué va a ser de mí? —imploró al mar. —¿Cómo apaciguar esta sed de volar? ¿Cómo liberar este mundo que explota en mi pecho, en mis manos?

Se escabulló al alba. El profesor Elías la recibió alarmado y soñoliento. Pasó como una exhalación y se encerró en el estudio. Pintó y pintó. El profesor advirtió la urgencia y

sosegó la zozobra y el enojo de quienes vinieron a buscarla. La alimentó en aquel día febril, la arropó en aquella noche exhausta.

—¡Profesor! ¡Abra! ¡Ya está bien de tonterías! —aporreó la puerta su padre al día siguiente.

Al irrumpir en el estudio dio un respingo. Frente a él estaba el lienzo con su perfecto retrato. Cada surco de su rostro. Sus mismos ojos férreos. Algo en sus adentros se quebró.

Acordaron que probaría suerte en Tenerife. Se irían juntas, la abuela Isabel y ella.

Su madre lloraba. La falda agitada. Su padre, tieso. Severo. El cachorro apretado en las manos.

—Ni se te ocurra casarte —le susurró don Manuel con un guiño.

Qué chico se veía el puerto desde la cubierta del correílo. La abuela y ella diciendo adiós con la mano. Por delante, la travesía. Y el mar. Honda e inmensa emoción.